

**LA ECLESIOLOGIA DE LA
« REDEMPTOR HOMINIS » (=RH) DE
JUAN PABLO II**

ANIANO ALVAREZ-SUAREZ

I. - AUTOCONCIENCIA DE LA IGLESIA

1. - *Introducción*

El Papa Juan Pablo II, en su primera Encíclica, parece haber arrancado unas páginas, de su diario íntimo para ofrecerlas, como una reflexión en alta voz, a los hombres de nuestro tiempo. La Encíclica « Redemptor Hominis » tiene un curioso sentido personal, que por su estilo y variedad de temas escapará claramente a los cánones clásicos del Magisterio Pontificio.

Se han resultado, y con razón, importantes aspectos de la Encíclica « Redemptor Hominis ». Así, por ejemplo, su profunda reflexión antropológica, su defensa de los derechos humanos, su reafirmación de la identidad cristiana, su sentido a la vez positivo y crítico del progreso, su insistencia en la disciplina eclesial, su visión prospectiva del inminente tercer milenio del cristianismo, etc...

Lo que no cabe duda es que el tema central es el hombre. Pero no se trata de un texto antropológico enfocado filosófica o teológicamente. Es una bella y profunda catequesis sobre el hombre visto desde Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo. La antropología de la Encíclica es una antropología « cristificada », según la expresión de Teilhard de Chardin.

Juan Pablo II, teólogo y filósofo, en esa reflexión sobre el destino del hombre, su misión y la misión de la Iglesia, propone así un humanismo cristiano, más allá de todos los humanismos.

Después de una primera lectura, sí que saca uno el tema central; es decir, esa apasionante defensa de la dignidad de la persona humana. Pero, para ver todo el sentido eclesiológico, es preciso, más que una lectura, un estudio reflexivo y profundo para poder desentrañar todo su significado.

Si observamos el índice de la Encíclica nos daremos cuenta que las partes I y IV; netamente eclesiológicas, se refieren a las II y III (Cristología y Antropología), y por consiguiente, dependen de ellas. Por otra parte, el Papa orienta, de hecho, la Cristología a la Antropología: « Cristo se ha unido con todo hombre », repite con el Concilio.

El contenido de cada una de las partes es el siguiente:

ECLESIOLOGIA: Juan Pablo II recibe en herencia, de manos de sus predecesores inmediatos y del Concilio Vaticano II, una Iglesia más que nunca consciente de sí misma y de su misión.

Los tres primeros títulos señalan preferentemente la posición subjetiva del Papa; los tres restantes apuntan hacia líneas fundamentales de la presente autoconciencia de la Iglesia. Podríamos decir que Juan Pablo II describe un momento privilegiado — el actual — de la autoconciencia histórica de la Iglesia.

CRISTOLOGIA: El Papa orienta decididamente hacia Cristo los pasos de la Iglesia, por los caminos trazados por el Concilio. Enunciado en el n. 7 el Misterio de Cristo deviene objeto de reflexión en los tres números siguientes a la luz del misterio de la Redención (RH, 7.8.9.10); misterio que está a la base de la misión tanto de la Iglesia como del cristianismo (RH, 11). El n. 12 estudia, en particular, la relación Iglesia-libertad del hombre (RH, 12).

Sintetizando, la Iglesia es invitada por el Papa, en un avance ulterior de su autoconciencia, a profundizar en el misterio de Cristo Redentor, el cual fundamenta todo su ser y todo su actuar.

ANTROPOLOGIA: Ahora bien, Cristo se ha unido a todo hombre, no en abstracto sino en concreto: a todos y cada uno de los hombres de la historia (RH, 13). De aquí que la Iglesia, invitada tan seriamente a bucear en su fundamentación cristológica, se sienta estimulada, por ello mismo, a tomar conciencia de que todos sus caminos conducen al hombre (RH, 14). Los tres números siguientes enfocan tres grandes problemas del hombre contemporáneo: la producción (RH, 15), el progreso (RH, 16), y los derechos humanos (RH, 17).

Resumiendo, la Iglesia debe volcar toda su atención pastoral y misionera en el Hombre, a la luz de su concreta situación en el mundo de hoy.

ECLESIOLOGIA: Retornando al tema de la Iglesia — tema que ha estado siempre presente en el texto — el Papa sintetiza todo lo dicho

en el título del n. 18: la Iglesia está solícita por la Vecación del hombre (« Antropología ») en Cristo (« Cristología »). Esta solicitud implica su participación en la triple función de Nuestro Señor Jesucristo: profética (Verdad), sacerdotal (Eucaristía, penitencia), real (servicio real). MARIA, Madre de nuestra confianza, nos conduce a Cristo y al hombre (RH, 18).

Aunque la Eclesiólogía de esta Encíclica está en función de la Cristología y de la Antropología, no vamos a tratar estos temas. Por ello, nuestro estudio se centra en las partes I y IV: en la herencia y en la misión de la Iglesia y la suerte de los hombres.

2. - *La Iglesia, continuadora de Jesucristo*

El Papa Juan Pablo II tiene clara conciencia de recibir una singular herencia — junto con y después de Juan Pablo I — de parte de sus dos predecesores Juan XIII y, especialmente, Pablo VI. Esta herencia se conecta (pasado) con toda la tradición de la Sede Apostólica y se abre (futuro) hacia un desarrollo que requiere plena e ilimitada confianza en el Espíritu (RH, 2-3).

Bajo el signo de la herencia ha colocado Juan Pablo II su primera Encíclica. La Iglesia es heredera de un depósito. El Papa es garante fiel de todos los requisitos que exige la custodia de ese depósito. Son tres las líneas que se observan en la declaración de Juan Pablo II:

— Una, la herencia magna del misterio de la Encarnación, verdad primordial y sentido máximo de la historia humana. Y, en conexión con ella, el hecho de la sucesión apostólica, de la que Juan Pablo II, hoy, es titular, y en la que se fundamenta el puesto absolutamente singular que la Sede de Pedro ocupa en la Iglesia. Esta es la herencia o tradición apostólica.

En las primeras páginas de la Encíclica nos dice « que a esa verdad primordial y fundamental de la Encarnación, ya recordada (RH, 1), está vinculado el ministerio, que con la aceptación de la elección a Obispo de Roma y sucesor del Apóstol Pedro, se ha convertido en mi deber específico en su misma cátedra » (RH, 2).

— Pero hay un capítulo más cercano en el catálogo de bienes y cargas hereditarias. Juan Pablo II recoge el Magisterio y el gobierno de Juan XXIII y de Pablo VI. Respecto a su inmediato sucesor,

Juan Pablo I, el actual Papa no sólo continúa, sino que asume este breve, intenso, luminoso y confortable pontificado desde su mismo punto de partida.

Cuando da razón de su nombre nos dice: « he escogido los nombres que había escogido mi amadísimo predecesor Juan Pablo I.... Dado que aquel Pontificado duró apenas 33 días, me toca a mí no sólo continuarlo sino también, en cierto modo, asumirlo desde su mismo punto de partida » (RH, 2).

« A través de estos dos nombres y dos pontificados conecto con toda la tradición de esta Sede Apostólica, con todos los predecesores del s. XX y de los siglos anteriores, enlazando sucesivamente, a lo largo de las distintas épocas hasta la más remota, con la línea de la misión del misterio que confiere a la Sede de Pedro un puesto absolutamente singular en la Iglesia. Juan XXIII y Pablo VI constituyen una etapa, a la que deseo referirme directamente como a umbral, a partir del cual quiero, en cierto modo en unión con Juan Pablo I proseguir hacia el futuro, dejándome guiar por la confianza ilimitada y por la obediencia al Espíritu que Cristo ha prometido y enviado a su Iglesia » (RH, 2).

Dentro de esta segunda línea del depósito hereditario, Juan Pablo II ha hecho un elogio, cordial y agradecido, de la obra y de la figura de Pablo VI. Su paciencia y su valentía, su equilibrio y su sacrificio. Y ha subrayado en la inmensa obra de Pablo VI dos documentos: la Encíclica « Ecclesiam Suam » y la Exhortación « Evangelii Nuntiandi », que gravitan continuamente sobre todo el contenido posterior de la Encíclica « Redemptor Hominis ».

A Pablo VI lo evoca como un hombre prudente, valiente, constante, paciente, tranquilo, equilibrando, esperanzado. Dice de él lo siguiente: « Me maravillaron siempre su profunda prudencia y valentía, así como su constancia y paciencia en el difícil período post-conciliar de su pontificado » (RH, 3).

Pablo VI hizo de la conciencia contemporánea de la Iglesia el tema primero de su fundamental Encíclica. Juan Pablo II realza, pues, de modo extraordinario este texto magistral de Pablo VI.

— Pero queda una tercera línea hereditaria: la del Vaticano II. Bien puede decirse que esta Encíclica es eco nítido, expresión concentrada, apunte intenso de claro desarrollo de cuanto el Vaticano II ha enseñado. De esta herencia conciliar Juan Pablo II subraya, en esta primera parte de su Encíclica el principio de la colegialidad episcopal, la acción ecuménica y también la responsabilidad solidaria de todos los miembros del Pueblo de Dios.

Esta tercera línea hereditaria será tratada en los puntos siguientes.

3. - *Una Iglesia más consciente de sí misma*

Juan XXIII y Pablo VI, junto con y mediante el Concilio, nos han entregado como herencia una Iglesia que, hoy más que nunca, es conseciente de sí misma. Esta conciencia eclesial, cada vez más profunda, tiene como objeto el misterio divino, la misión humana y las debilidades humanas de la Iglesia; es causa, y a la vez efecto, de amor a la Iglesia; debe ir unida con una apertura universal; y crea, en la humanidad, a su vez, conciencia de necesidad de la propia Iglesia (RH, 3-4).

La conciencia profunda que la Iglesia ha adquirido con motivo del Vaticano II, a pesar de ciertos síntomas de duda, crisis y derumbamiento, ha adquirido niveles altos y dosis enérgica para la recuperación decisiva de su identidad propia, en esta hora que Juan Pablo II denomina « nueva ola » de la vida de la Iglesia. Es de notar que Juan Pablo II trata el tema Pablo VI a la vez que va tratando el tema conciencia eclesial.

« Iluminada y sostenida por el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una conciencia cada vez más profunda, tanto de su misterio divino, como de su misión humana, y finalmente de sus mismas debilidades humanas: es precisamente esta conciencia la que debe seguir siendo la fuente principal del amor de esta Iglesia, al igual que el amor por su parte contribuye a consolidar y profundizar esa conciencia » (RH, 3).

A continuación, el Papa pasa a ver esa conciencia de la Iglesia en Pablo VI y nos habla del amor que él tenía por la Iglesia: « Pablo VI nos ha dejado el testimonio de esa profundísima conciencia de la Iglesia. A través de los múltiples y frecuentemente dolorosos acontecimientos de su pontificado, nos ha enseñado el amor intrépido a la Iglesia, la cual, como enseña el Concilio, es « sacramento, esto es, signo e instrumento de la misión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano » (RH, 3). Precisamente por esta razón, la conciencia de la Iglesia debe ir unida a una apertura universal, a fin de que todos puedan encontrar en ella « la insondable riqueza de Cristo » (RH, 4).

Esta apertura determina, por un lado, el dinamismo apostólico eclesial y conduce, por otro, al « diálogo de salvación » del que nos habla Pablo VI en la Encíclica « Ecclesiam Suam ». Así, pues, al hablar de la conciencia de la Iglesia, presentada por Pablo VI, nos

dice que Pablo VI presenta al mundo el rostro auténtico de la Iglesia; a esta presentación responde una mayor conciencia, por parte de la familia humana, de la necesidad de la Iglesia.

Por otra parte, Pablo VI realiza tal presentación, a pesar de las diversas debilidades internas de la Iglesia y de las diversas orientaciones críticas que atacan desde dentro. Paradojicamente, la conciencia humana de la necesidad de la Iglesia se ha mostrado más fuerte que aquellas debilidades y críticas internas.

Juan Pablo II rinde gratitud a Pablo VI por su actitud frente a las críticas intraeclesiales: « La Iglesia que — a través de Juan Pablo I — me ha sido confiada casi inmediatamente después de él, no está ciertamente exenta de dificultades y de tensiones internas. Pero al mismo tiempo se siente más inmunizada contra los excesos del autocrítico » (RH, 4).

Juan Pablo II, con plena confianza en el Espíritu de verdad, se da cuenta de recibir una Iglesia más consciente de sí misma y de encontrarse con una familia humana que tiene una mayor conciencia de la necesidad de la Iglesia.

4. - *Una Iglesia más unida en la Comunidad de servicio y en la conciencia de Apostolado.*

El estado creciente de autoconciencia ha posibilitado una Iglesia mucho más unida en la comunidad de servicio y en la conciencia de Apostolado. Ello se ha dado gracias al principio de colegialidad y gracias al espíritu de colaboración que se ha difundido entre los sacerdotes y, así mismo, entre los laicos (RH, 5).

« Esta Iglesia — contra todas las apariencias — está mucho más unida en la comunidad de servicio y en la comunidad de apostolado » (RH, 5). Y el Papa muestra la fuente de donde brota esta unión: el principio de colegialidad.

El Vaticano II ha recordato y verificado el principio de colegialidad. « Cristo lo injertó en el colegio de los Doce, con Pedro a la cabeza, y renueva continuamente en el Colegio de los Obispos, que crece cada día más en toda la tierra, permaneciendo unido con el sucesor de San Pedro y bajo su guía. El Concilio no sólo ha recordado este principio de colegialidad de los Obispos, sino que lo ha vivificado inmensamente, entre otras cosas propiciando la institución de un organismo permanente que Pablo VI estableció al crear el Sínodo de los Obispos » (RH, 5).

Juan Pablo II nos describe la actualidad postconciliar de la colegialidad: « El principio de colegialidad se ha demostrado parti-

cularmente actual en el difícil período postconciliar, cuando la postura común y unánime del Colegio de los Obispos — la cual, sobre todo a través del Sínodo, ha manifestado su unión con el sucesor de Pedro —, contribuía a disipar dudas e indicaba, al mismo tiempo, los caminos justos para la renovación de la Iglesia, en su dimensión universal » (RH, 5).

« Dado que estamos tratando del evidente desarrollo de la forma en que se expresa la colegialidad episcopal, hay que recordar al menos el proceso de consolidación de las Conferencias nacionales en toda la Iglesia y de otras estructuras colegiales de carácter internacional o continental. Por otra parte, dice, que refiriéndonos a la tradición secular de la Iglesia, conviene subrayar la actividad de los sínodos locales. También hay que recordar otras formas de colaboración colegial de los Obispos, por jemplo, la provincia eclesiástica, por no hablar ya de cada una de las diócesis » (RH, 5).

Hasta aquí hemos visto cómo la Iglesia manifiesta esa unidad en la comunidad de servicio. Ahora la vamos a ver cómo la manifiesta en la « conciencia de Apostolado », gracias al espíritu de colaboración que se ha difundido entre los sacerdotes y entre los laicos. Al hablar el Papa de los sacerdotes, dice: « El mismo espíritu de colaboración y de corresponsabilidad se ha difundido también entre los sacerdotes lo cual se confirma por los numerosos Consejos presbiterales que han surgido después del Concilio » (RH, 5). Y respecto a los laicos nos dice: « Este espíritu se ha extendido así mismo entre los laicos no sólo confirmando las organizaciones de apostolado seglar ya existentes sino también creando otras nuevas con perfil muchas veces distinto y con un dinamismo excepcional ». Por otra parte, los laicos, conscientes de su responsabilidad en la Iglesia, se han empeñado de buen grado en la colaboración con los Pastores, con los representantes de los Institutos de la Vida Consagrada en el ámbito de los Sínodos diocesanos o de los Consejos Pastorales en las parroquias y en las diócesis » (RH, 5).

Después de constatar y manifestarnos una Iglesia más unida, el Papa afirma que el Concilio Vaticano II y los grandes predecesores suyos « han puesto en marcha una nueva ola de la vida de la Iglesia, movimiento mucho más potente que los síntomas de duda, de derrumbamiento y de crisis » (RH, 5).

5. - *Una Iglesia más unida por el impulso ecuménico.*

Además, la Iglesia post-conciliar, va lanzada hacia la unidad de los cristianos por la actividad ecuménica, difícil pero prometedora, en el diálogo, en la libertad, en la oración (RH, 6).

El Papa reconoce unos progresos verdaderos e importantes en este campo. « Una cosa es cierta: hemos trabajado con perseverancia, coherencia y valentía, y con nosotros se han empeñado también los representantes de otras Iglesias, y de otras Comunidades cristianas, por lo cual les estamos sinceramente reconocidos » (RH, 6).

Se nos advierte que también en este campo hay que mantener los justos límites. Ni se justifica el abandono ni tienen razón los portavoces perpetuos de temores inmovilizantes. Como tampoco puede admitirse la posición frívola o la actitud intencionada de renunciar o dañar la herencia de la fe y de la moral que la Iglesia ha recibido.

« La verdadera actividad ecuménica significa apertura, acercamiento, disponibilidad al diálogo, búsqueda común de la verdad en el pleno sentido evangélico y cristiano » (RH, 6), sin renunciar a lo que la Iglesia ha enseñado de modo constante.

A modo de apéndice de la cuestión anterior, Juan Pablo II afirma que « aunque de modo distinto y con las debidas diferencias, hay que aplicar lo que se ha dicho a la actividad que tiende al acercamiento con los representantes de las religiones no cristianas » (RH, 6). Esta actividad se expresa a través « del diálogo, los contactos, las oraciones comunitarias, la búsqueda de los tesoros de la espiritualidad humana — como bien sabemos — que no faltan tampoco a los miembros de estas religiones » (RH, 6).

Se ve que, a veces, pueden surgir dudas y confusiones entre algunos cristianos, pero « es cosa noble estar predispuesto a comprender a todo hombre, a analizar todo sistema, a dar razón a todo lo que es justo; esto no significa absolutamente perder la certeza de la propia fe, o debilitar los principios de la moral cuya falta se hará sentir bien pronto en la vida de las sociedades enteras, determinando entre otras cosas consecuencias deplorables » (RH, 6).

Para terminar esta primera parte de la Encíclica, y antes de pasar a la última parte que es también eclesiología, podríamos resumir el pensamiento del Papa de esta primera parte en los siguientes puntos:

- Sí a la herencia de sus inmediatos predecesores, cristalizada en el Concilio y por el Concilio potenciada.
- Recibe una Iglesia:

- más consciente de sí misma, universalmente abierta y auténticamente presentada hacia afuera;
 - más unida en la comunión de servicio y en la conciencia de apostolado;
 - abierta a una nueva orientación y actividad en el campo ecuménico, y tendente al acercamiento con los representantes de las religiones no-cristianas.
- Esta Iglesia es consciente de que debe proseguir por los caminos señalados por el Concilio. Para avanzar por esos caminos conciliares, la Iglesia debe dirigirse hacia Cristo, profundizando en el misterio de la Redención.

II. - MISIÓN DE LA IGLESIA

1. - *El Misterio de Cristo en la base de la Iglesia*

Al hablar de la misión de la Iglesia en la « Redemptor Hominis » no podemos pasar por alto el hecho de que es una Encíclica también antropológica y cristológica.

Antropológica porque el hombre es el protagonista. Por ello es « una profundización sobre el hombre, sobre el humanismo de nuestro tiempo », convirtiéndose, así, en « una apasionante defensa de la dignidad de la persona humana ».

Cristocéntrica porque Cristo es la base y el centro. Por ello resulta « una interpretación en clave cristológica, es decir desde el punto de vista de Jesucristo y del criterio de la Redención, de la situación actual del mundo y de la Iglesia dentro de él ».

Por lo cual, al hablar de la misión de la Iglesia, no podemos olvidar el hecho de que el « Misterio de Cristo, es la base o está en la base de la misión de la Iglesia y del Cristianismo ». Y así nos lo dice el Papa: « Con la apertura realizada por el Concilio Vaticano II, la Iglesia y todos los cristianos han podido alcanzar una conciencia más clara del misterio de Cristo, misterio escondido desde los siglos en Dios, para ser revelado en el tiempo... En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella, y al mismo tiempo el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia. Jesucristo es principio estable y centro permanente de la misión que Dios mismo ha confiado al hombre. En esta misión debemos partici-

par todos y en ella debemos encontrar todas nuestras fuerzas, siendo ella necesaria más que nunca al hombre de nuestro tiempo... Aceptamos gustosamente... y que descubrimos hoy para unirnos a la gran misión es decir: Revelar a Cristo al mundo, ayudar a todo hombre para que se encuentre así mismo en él, ayudar a las generaciones contemporáneas de nuestros hermanos, pueblos, naciones, estados, humanidad, países en via de desarrollo y países de la opulencia, a todos en definitiva a conocer las insondables riquezas de Cristo, porque estas son para todo hombre y constituyen el bien de cada uno » (RH, 11).

2. - Cristo — el hombre — la Iglesia

« El hombre actual parece estar siempre amenazado de lo que produce » (RH, 15). « El hombre vive cada vez más en el miedo; teme que sus productos puedan convertirse en medios e instrumentos de una destrucción inimaginable » (RH, 15). « La Iglesia no puede abandonar al hombre, cuya suerte está estrecha e indisolublemente unida a Cristo » (RH, 15).

Antes hemos hablado un poco de la Cristología, veamos ahora algo de la antropología de la « Redemptor Hominis ». Donde el hombre va a ser el centro y sus problemas van a ser las premisas para llegar a las conclusiones: « La Iglesia como continuadora de Cristo ha de velar por el hombre » y ha de volcar sobre él su acción misionera. Por ello, el Papa afirma: « La Iglesia no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien de hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que le amenaza » (RH, 13).

Ante la mirada del Papa se encuentra el hombre, y en concreto, el hombre redimido: « Mediante la Encarnación el Hijo de Dios se ha unido a todo hombre. Por lo que la Iglesia en su cometido fundamental debe lograr que tal unión pueda actuarse y renoverse continuamente. La Iglesia desea servir a este fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida... La Iglesia que por razón de su competencia y su ministerio y que de ninguna manera se confunde con la comunidad política, y no está vinculada a ningún sistema político, es, al mismo tiempo, el signo y la salvaguarda del carácter trascendente de la persona humana. La Iglesia no puede abandonar al hombre cuya « suerte », es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la salvación o la perdición, están tan estrecha e indisolublemente unidas a Cristo » (RH, 13).

El Papa ve que el mundo está marcado por el dominio de la técnica, lo cual exige un desarrollo de la moral y de la Etica que, por desgracia, va muy por detrás; es por ello por lo que el Papa lo propone como una visión más de la Iglesia: « La Iglesia que está animada por la fe escatológica considera esta solicitud por el hombre por su humanidad, por el futuro de los hombres sobre la tierra y consiguientemente, también por la orientación de todo el desarrollo y el progreso, como un elemento esencial de su misión » (RH, 15).

Teniendo como base al hombre como ser real, no como un ser abstracto, el Papa ve que en nuestro tiempo aparecen múltiples amenazas para el hombre, de las que la Iglesia debe hablar a todos los hombres de buena voluntad y en torno a las cuales debe mantener un diálogo con ellos.

En el mundo la situación del hombre dista mucho de una verdadera justicia, de un verdadero amor social, la situación no es uniforme, si bien algunos tienen causas históricas, la mayoría de ellos no, así tenemos la civilización de consumo que tiene exceso de bienes, mientras otras mueren de hambre o desnutrición. O en la sociedad imperialista donde la abundancia de armas y medios de defensa no son tanto como defensa sino una forma de « patriotería » del imperialismo.

Pero lo más doloroso de todo esto es que el sujeto que lo sufre es el hombre. Por eso el Papa afirma: « La Iglesia no teniendo otra arma, sino la del espíritu de la Palabra y el amor no puede renunciar a « la palabra a tiempo a destiempo ». Por esto no cesa de pedir a cada una de las partes y pedir a todos los hombres en nombre de Dios ¡ No matéis ! ¡ No preparéis a los hombres destrucciones y exterminio ! ¡ Pensad en vuestros hermanos que sufren hambre y miseria ! ¡ Respetad la dignidad y libertad de cada uno « » (RH, 16).

3. - *Misión de la Iglesia*

La Iglesia se hace consciente de su misterio. Ello le hace ser más consciente también en la participación del triplie oficio, propio de su maestro y redentor: profético (responsabilidad ante la verdad), sacerdotal (distribuidora de la gracia y del amor) y real (con el compromiso del servicio, que se convierte en reinado).

Quizás la parte de la Encíclica que resume, concreta y específicamente, la misión de la Iglesia se encuentra en el n. 18 de la misma. Allí el Papa nos habla de la Iglesia solícita por la vocación

del hombre en Cristo, que una vez comprendida nos va a llevar directamente a la misión. Cristo se ha unido, en cierto modo, a todo hombre por su encarnación. La Iglesia, pues, como continuadora de Cristo y penetrando en este misterio, en su lenguaje rico y universal, vive también más profundamente la propia naturaleza y misión. « Precisamente porque Cristo en su misterio de redención se ha unido a ella, la Iglesia debe estar fuertemente unida a todo hombre » (RH, 18).

La Iglesia vive esta realidad, vive de esta verdad sobre el hombre que le permite atravesar las fronteras de la temporalidad, y, al mismo tiempo, pensar con particular amor y solicitud en todo aquello que en las dimensiones de esta temporalidad, incide sobre la vida del hombre. « La Iglesia tratando de mirar al hombre como con los ojos del mismo Cristo, se hace cada vez más consciente de ser la custodia de un gran tesoro, que no le es lícito estropear, sino que debe crecer continuamente » (RH, 18).

Y la Iglesia da sentido a todo esto por la fuerza del Espíritu Santo que el Redentor la había prometido, que comunica constantemente y cuya venida revelada el día de Pentecostés, perdura siempre.

El Papa, citando a S. Pablo afirma: « Es necesario que la Iglesia sea siempre consciente de la dignidad de la adopción divina que obtiene el hombre en Cristo, por la gracia del Espíritu Santo » (RH, 18).

Así la Iglesia se hace consciente de este misterio y participa en el triple oficio, que es propio de su mismo maestro y redentor: sacerdotal-profético-real.

A. - *Oficio Profético*: se trata de la responsabilidad de la verdad.

« La Iglesia se presenta a nosotros como sujeto social de la responsabilidad de la verdad divina » (RH, 19). Y tanto es así que el mismo Cristo cuando dice « la palabra que oís no es mía sino del padre que me ha enviado » (Jn. 14,24), deja entrever que la Palabra de Dios y del mismo Cristo cuando la transmite siente la necesidad de decir que actúa con fidelidad plena a su divina fuente. Esto, para el Papa, queda a nivel de interrogación aún dentro de la afirmación más patente: « La misma fidelidad debe ser una cualidad constitutiva de la fe de la Iglesia, ya sea cuando la enseña ya cuando la profesa » (RH, 19).

Por eso, el Papa sigue diciendo: « Se exige de la Iglesia que cuando enseñe o profese esté íntimamente unida a la verdad divina ».

Pero para poder realizar esta fidelidad, Cristo mismo prometió el Espíritu Santo a la Iglesia para que la asistiera, dándole el don de la infalibilidad a aquellos que les ha confiado el mandato de transmitir esta verdad y enseñarla. « Hemos sido hechos partícipes de esta misión de Cristo, Profeta, y en virtud de esta misión, junto con El servimos la verdad divina en la Iglesia » (RH, 19).

Pero la responsabilidad de esta verdad significa amarla y buscar su comprensión más exacta, para hacerlo más cercana a nosotros mismos y a los demás. Por ello, un elemento importante, en esta verdad, es la teología. « La Teología es necesaria para que la Iglesia, pueblo de Dios, pueda de una manera creativa y fecunda participar en la misión profética de Dios; por ello, los teólogos, como servidores de la verdad divina, dedican sus estudios y trabajos a una comprensión siempre más penetrante de la misma. No pueden perder de vista el significado de su servicio en la Iglesia, incluido el concepto del *Intellectus fidei* » (RH, 19).

Y la reflexión sobre el servicio de la teología a la Iglesia va tomando, para el Papa, dimensiones muy concretas: « Funciona de manera correcta cuando ellos buscan servir al Magisterio, confiado a la Iglesia en los Obispos, unidos con el vínculo de la comunión y Jerarquía con el Sucesor de Pedro, y cuando ponen al servicio su solicitud en la enseñanza y en la pastoral, como también cuando se ponen al servicio de los compromisos apostólicos de todo el pueblo de Dios... Es por tanto indispensable una estrecha colaboración de la Teología con el Magisterio... Y por tanto nadie puede hacer de la teología una especie de colección de los propios conceptos personales, sino que cada uno debe ser consciente de permanecer en estrecha unión con esta misión de enseñar la verdad de la que es responsable la Iglesia » (RH, 19).

Pero ¿ en qué modo la Iglesia puede hacerse responsable de transmitir esa verdad, cómo puede un seglar, que es Iglesia, que forma parte del Pueblo de Dios, colaborar en esa transmisión fiel?. El Papa recuerda: « La Catequesis constituye, ciertamente, una forma perenne y al mismo tiempo fundamental de la actividad de la Iglesia, en la que se manifiesta su carisma profético: testimonio y enseñanza van unidos... Además es cada vez más necesario procurar que las distintas formas de catequesis y sus diversos campos... atestigüen la participación de todo el pueblo de Dios en el oficio profético de Cristo mismo... Así, pues, el sentido de responsabilidad por la verdad es uno de los puntos fundamentales de encuentro de la Iglesia con cada hombre y es, igualmente, una de las exigencias fundamentales, que determinan la vocación del hombre en la comunidad de la Iglesia. La Iglesia de nuestros tiempos guiada por

el sentido de responsabilidad, por la verdad, debe perseverar en la fidelidad a su propia naturaleza, a la cual toca la misión profética que procede de Cristo mismo: como me envió mi Padre, así os envío yo, recibid el Espíritu Santo (Jn. 20, 21) » (RH, 19).

B. - *Oficio Sacerdotal*: El cristiano participa de la misión de la Iglesia no sólo con la fidelidad a la palabra, sino también por la sumisión, llena de esperanza y de amor, participa en la fuerza de la acción redentora, que El había expresado y concretado en forma sacramental, sobre todo en la Eucaristía. « Toda vida sacramental de la Iglesia y de cada cristiano alcanza su vértice y su plenitud precisamente en la Eucaristía » (RH, 20).

Si admitimos que la Iglesia toma sentido en cuanto está unida a Cristo redentor, la Eucaristía es el Sacramento más perfecto de esta unión. « Celebrando y al mismo tiempo participando en la eucaristía nosotros nos unimos a Cristo terrestre y celestial que intercede por nosotros al Padre » (RH, 20). Y añade: « Es verdad esencial, no sólo doctrinal, sino también existencial que la Eucaristía constituye la Iglesia, y la construye como auténtica comunidad del Pueblo de Dios como asamblea de los fieles, marcada por el mismo carácter de unidad del cual participaron los Apóstoles y los primeros discípulos del Señor... La Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este Sacramento, cuyo maravilloso contenido y significado ha econtrado a menudo su expresión en el Magisterio de la Iglesia... Sin embargo podemos decir con certeza que esta enseñanza queda en el umbral, siendo incapaz de alcanzar y de traducir en palabras lo que es la Eucaristía en toda su plenitud, lo que se expresa en ella y en ella se realiza... Es al mismo tiempo sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-penitencia... Todos en la Iglesia, pero sobre todo los Obispos y los sacerdotes, deben vigilar para que este Sacramento de Amor sea el centro de la vida del Pueblo de Dios » (RH, 20).

En esta sagrada misión de la Iglesia sacerdocio, muy junto con el Sacramento de la Eucaristía, va la Penitencia, apoyándonos en las primeras palabras de la enseñanza de Cristo: « arrepentíos y creed en el Evangelio » (Mc. 1,15) y en la frase de S. Pablo: « Examíense, pues, el hombre a sí mismo y entonces coma del Pan y beba del Cáliz (I Cor, 11, 28). « Custodiando el Sacramento de la Penitencia afirma expresamente su fe en el misterio de la redención, como realidad viva y vivificante, que corresponde a la verdad interior del hombre, corresponde a la culpabilidad humana y también a los deseos de la conciencia humana... En la Iglesia que especialmente en

nuestro tiempo se reúne en torno a la Eucaristía y desea que la auténtica comunión eucarística sea signo de la unidad de todos los cristianos... Debe ser viva la necesidad de la penitencia tanto en su aspecto sacramental, como en lo referente a la penitencia como virtud... La Iglesia que se prepara continuamente a la nueva venida del Señor, debe ser la Iglesia de la Eucaristía y la Penitencia. Sólo bajo ese aspecto espiritual de su vitalidad y de su actividad es esta la Iglesia de la misión divina, la Iglesia *in statu missionis* tal como nos la ha revelado el Concilio Vaticano II » (RH, 20).

Dentro de esta misión Sacerdocio-Sacramento, el Papa toma conciencia de su misión de Profeta, de enseñar, y da unas normas sobre la confesión. Normas a las que sólo aludimos, pues aunque entran dentro de la misión de la Iglesia, corresponden, más bien, a otros tratados teológicos.

C. - *Oficio real*: El Papa, en esta tercera misión de la Iglesia, nos dice que todos los hombres llamados por Cristo, y que forman el Pueblo de Dios, tanto Jerarquía como los simples cristianos, están llamados a una vocación, que realiza en su propia fidelidad, es decir, en el servicio: « Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo, se puede verdaderamente Reinar... el servir exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el Reinar » (RH, 20).

Pero el Papa también entiende que la Iglesia como sociedad, no es solamente sociológica, que sin duda puede ser también examinada a la luz de esas categorías sociales. Pero la Iglesia es algo más, es « El Cuerpo Místico de Cristo ».

« La fidelidad a la vocación, o sea, la perseverante disponibilidad al servicio real, tiene un significado particular, sobre todo en lo concerniente a las tareas más comprometidas, que tienen una mayor influencia en la vida de nuestro prójimo y de la sociedad entera. En la fidelidad a la propia vocación deben distinguirse los esposos... En la línea de similar fidelidad a su propia vocación deben distinguirse los sacerdotes, dado el carácter indeleble que el sacramento del Orden imprime en sus almas... Y los Sacerdotes y los Matrimonios deben educar a las nuevas generaciones de hombres capaces de consagrar también ellos toda su vida a la propia vocación, o sea, aquel servicio real, cuyo ejemplo más hermoso nos lo ha ofrecido Jesucristo... Su Iglesia que todos nosotros formamos, es para los hombres, en el sentido que podamos conseguir aquel reinar, o sea, realizar una humanidad madura en cada uno de nosotros. Humanidad madura significa pleno uso del don de la libertad que hemos obtenido del Creador, en el momento en que El ha llamado

a la existencia al hombre hecho a su imagen y semejanza... Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el servicio. Para tal libertad nos ha liberado Cristo (Gál. 5,1). Y nos libera siempre. La Iglesia sacra de aquí la inspiración constante, la invitación y el impulso para su misión y su servicio a todos los hombres... La Iglesia sirve de veras a la humanidad, cuando tutela esta verdad con atención incansable, con amor ferviente, con empeño maduro, y cuando en todo la propia comunidad, mediante la fidelidad de cada uno de los cristianos a la vocación, la transmite y la concreta en la vida humana » (RH, 21).

CONCLUSION

Como ya dejamos dicho en la Introducción, el tema central de la Encíclica no es la Iglesia, sino el hombre. Pero como la identificación « Iglesia-hombre » es uno de los puntos básicos de la « Redemptor Hominis » al hablar del hombre no puede dejar de hablar de la Iglesia y viceversa. Así, si el Evangelio dice que Cristo es el camino del hombre hacia la vida, el Papa dirá que el hombre es el camino por el que la Iglesia ha de caminar. « El hombre es y se hace siempre la vía de la vida cotidiana de la Iglesia ». « La Iglesia reconoce la vía de su vida cotidiana, que es todo hombre ».

Otra idea clave en la Encíclica de Juan Pablo II es que toda la orientación de la vida humana y de la misión de la Iglesia es y debe ser cristocéntrica.

Si buscamos en la eclesiología de Juan Pablo II algo nuevo e innovador, nos parece que no se encontrará. Lo que sí se encontrará será un afán desmesurado por llevar a la práctica la Eclesiología del Vaticano II y todas sus enseñanzas, tarea que se propuso al asumir su pontificado.

Juan Pablo II no se anda con paños calientes al lanzar su mirada hacia una Iglesia futura. Nos presenta la Iglesia como « comunidad ontológica », como Pueblo de Dios, donde todos estamos llamados a un servicio desde la fidelidad a nuestra vocación, servicio que se debe desempeñar desde el que está en la Jerarquía hasta el simple fiel. Subraya la importancia de la Eucaristía y de la penitencia para estar en comunión con Cristo y con la Iglesia. La unidad dentro de la Iglesia es una nota que preocupa al Papa, nosólo en la encíclica, sino a lo largo de su pontificado.

Desde el corazón de la Encíclica hemos podido apreciar cómo

el Papa coge las cosas por su raíz al proyectar la Eclesiología hacia una cristología y antropología existenciales. Y porque ha tenido el valor de ir a la raíz, tendrá Juan Pablo II la posibilidad de ser radical y de ofrecer arraigo a los creyentes y a cuantos viven de buena voluntad. Porque, como diría Juan Ramón Jiménez, « para volar, raíces ».